

Caracteres de la crisis económica actual

Por esta misma época, el año pasado, el Perú gozaba de un período de, al parecer, ilimitada prosperidad. Reinaba en todos los círculos el mayor optimismo y se formulaban, sobre la base de los precios reinantes, risueños cálculos sobre las enormes sumas que entrarían en el país en concepto de saldo de nuestra balanza comercial. Con excepción del caucho y de la lana, que se encontraban ya deprimidos, pero cuya importancia en la economía del país se puede llamar regional, todos nuestros productos se vendían a precios altamente remuneradores, y tres de ellos, la plata, el azúcar y el algodón, alcanzaban cotizaciones jamás soñadas por sus afortunados productores, a quienes enriquecían rápidamente, siendo de notar de modo especial la mayor difusión, tanto geográfica como respecto al número de individuos beneficiados, producida por el último de los productos aludidos. En fin, sería inútil extender estos someros apuntes pintando con más detalles el cuadro de esa miliunanochesca prosperidad, pues es tan reciente que nadie puede haberlo olvidado.

Pero al finalizar el primer semestre del año y, más marcadamente al comenzar el segundo, los precios sufrieron un retroceso. Esto no intranquilizó a la mayoría de los interesados. Engreídos por un largo período en que, contra lo que es usual, el mercado estaba bajo el imperio del vendedor, atribuían sin más examen la baja producida a una de esas formidables especulaciones a que suelen entregarse los colosos del capitalismo americano y esperaban confiadamente que en dos o tres meses los precios volverían al nivel anterior y aún lo sobrepasarían. El narcótico de los "sueños de oro", aquí como en todas partes, había obrado eficazmente y, apesar de las reflexiones de los cautos y de los consejos de los prudentes, todos, con pocas excepciones, rehusaban restregarse los ojos para poner atención en las señales ya evidentes de la crisis próxima a desencadenarse. Casi nadie

quería detenerse por un momento a pensar que la gran guerra no podía haber enriquecido al mundo en conjunto; que, por el contrario, la destrucción de riqueza había sido enorme y que los pueblos empobrecidos no podían pagar indefinidamente sus consumos a los fantásticos precios que éstos habían alcanzado. El fenómeno siempre observado del excesivo y contagioso optimismo que acompaña a los períodos álgidos de prosperidad y que contribuye a intensificar malsanamente sus efectos, impedía tomar nota de los síntomas que indicaban la primera etapa de la crisis en que aun se debate el mundo para "volver a la normalidad", expresión ésta cuyo verdadero alcance y significado es objeto de muy variadas y a menudo erradas opiniones.

Entretanto, la reacción no se producía; los precios de casi todas las materias primas seguían bajando, a la mitad, a la tercera, a la quinta parte de los máximos recientemente obtenidos; las cotizaciones, como en el caso del algodón, llegaron, con asombro y consternación de los que despertaban a la realidad, a indicar cifras inferiores al costo de producción; se produjo, por fin, la estagnación de algunos productos: no había compradores. ¿Qué había pasado? ¿Cómo se había producido este repentino cambio en la situación? ¿De qué modo un estado de confianza y florecimiento se había trocado repentinamente en uno de zozobra y depresión? ¿Era ésta una de esas crisis periódicas de superproducción, que los socialistas atribuyen a la organización capitalista (1) y que la ciencia económica ha estudiado en su ritmo y demás manifestaciones (2), o se trataba de un caso excepcional con fisonomía y antecedentes propios? Para los observadores atentos no cabe dudar que la segunda de estas suposiciones es la verdadera, pues aunque la crisis tiene muchos rasgos comunes con los períodos de depresión que se presentan en las oscilaciones cíclicas de los precios, tales como marcada *generalidad* y *carácter internacional*, sus antecedentes y manifestaciones la constituyen en un caso aparte, digno de la mayor observación y estudio.

(1)—*The Socialist Movement*, por J. Ramsay Mac-Donald.

(2)—*Les Crises périodiques de Surproduction*, por Albert Aftalion.

Europa ha sido el centro manufacturero más grande del mundo. Su condición antes de la guerra era la de importar productos alimenticios y materias primas de todas partes del globo, cuyo valor cubría con productos manufacturados. Este estado de cosas cambió substancialmente durante el gran conflicto. Todos sabemos que en esa época no podíamos obtener de ella las manufacturas a que estábamos acostumbrados y tuvimos que buscarlas en Estados Unidos, cuya industria no estaba preparada para atender la gran demanda mundial, lo que, unido al gran consumo y destrucción improductivos de los beligerantes, determinó la escasez de muchos artículos y la carestía de todos. Cuando sobrevino el armisticio, fué creencia general que volvería rápidamente la normalidad económica. Se creyó que Europa recuperaría en muy breve tiempo su capacidad industrial. De ahí la gran paralización que se produjo en las transacciones a fines de 1918 y que duró hasta los primeros meses de 1919, la que tuvo su origen en el compás de espera que hicieron todos los compradores en la expectativa de adquirir sus mercaderías a precios más bajos. Pronto se descubrió el error: el renacimiento industrial de Europa no se produjo con la rapidez esperada; aun hoy día, la producción industrial europea no está a la altura que tenía antes de la guerra. En vez de entregarse con toda decisión al trabajo y de inundar al mundo con sus manufacturas, Europa, como una reacción de las privaciones y de la tensión nerviosa sufridas durante la guerra, se vió inundada por una ola de pereza y por un deseo desenfrenado de consumir. En lugar, pues, de exportar artículos manufacturados, tuvo que importarlos en grandes cantidades de los demás países, principalmente de Estados Unidos. Los precios subieron de nuevo rápida y extraordinariamente. La actividad industrial en Norte América, el Japón y otras naciones adquirió caracteres febriles. El alza del precio de las manufacturas se reflejó en las materias primas y en casi todos los productos, estimulando las industrias agrícolas y extractivas, y encareciendo, como consecuencia, las tierras y demás fuentes de producción. Como no podía dejar de suceder, la especulación se hizo cargo del movimiento ascendente y lo llevó hasta los límites de lo fantástico. Un optimismo epidémico se apoderó de todos. Había comenzado el gran boom, la gran boya que culminó en los inverosímiles precios de mediados del primer semestre de 1920.

¿Por qué se detuvo este movimiento ascendente de los precios? ¿Qué originó luego su rápido descenso y la estagnación que después sobrevino y que aún subsiste? Que casi todas estas compras que hacía Europa, que casi toda esta enorme actividad adquisitiva que desarrollaba el Viejo Continente descansaba sólo sobre el crédito, sobre el crédito proporcionado principalmente por los manufactureros y banqueros americanos, el cual había llegado a tal grado de expansión, que a no poner rápido fin a ésta, se habría producido el colapso, la catástrofe monetaria y financiera más pavorosa de la historia.

Un economista americano, B. M. Anderson Jr., calcula que la suma en que se endeudó Europa respecto a Estados Unidos, durante el período comprendido entre mediados de 1919 y mediados de 1920,—hecha abstracción de las sumas prestadas directamente por el Tesoro americano a los gobiernos europeos, las que no son inmediatamente exigibles, — asciende a \$ 3,500,000,000. El mismo economista estima que esa suma debe haber alcanzado en setiembre de 1920 a ¡cuatro mil millones de dólares! no consolidados en forma alguna de empréstito ni de pagos diferidos y que constituyen, por tanto, una deuda comercial constantemente exigible. Esta deuda de Europa a Estados Unidos está centralizada, en gran parte en Londres. La banca londinense no sólo ha financiado las compras de su propio país en el extranjero, sino que ha absorbido los francos, liras, marcos, dracmas, etc., que los países del continente, a falta de productos de su industria, ofrecían en pago de las adquisiciones que hacían en ultramar, cambiándolos por créditos en libras esterlinas domiciliados en Londres, que eran recibidos en pago por los banqueros y exportadores de otros países, especialmente de Estados Unidos. Londres tiene, pues, a su favor muchos saldos en Francia, Italia, Grecia, Alemania, etc., en las monedas de esos países, y debe a Estados Unidos fuertes sumas en libras esterlinas o en dólares. De ahí que la depreciación de la libra esterlina en Nueva York sea mayor que lo que justificaría el estado de las propias finanzas de Inglaterra. Puede dar una idea de esta expansión del crédito bancario en Estados Unidos el saber que el aumento experimentado por los préstamos e inversiones de los bancos ligados al sistema de reserva federal, durante el período comprendido entre el 11 de abril de 1919 y el 9 de abril de 1920, fué de 27.4 por ciento, y el aumento en el mismo renglón, en todos los bancos nacionales del mismo país, fué de 24 por ciento. Lo mismo puede decirse de los bancos ingleses. De junio de

1919 a junio de 1920, los descuentos y avances de veinte de los principales bancos del Reino Unido, excluyendo al Banco de Inglaterra, aumentaron en 41 por ciento.

Los productos, consistentes casi exclusivamente en artículos alimenticios y materias primas, que los países centro y sud-americanos exportaban a Europa eran pagados, pues, en último término, en su mayor parte, con el crédito que Estados Unidos otorgaba a Europa, ya sea que se embarcaran para aquel país para ser reexportados, manufacturados o no, al Viejo Continente, ya sea que se enviaran directamente a los puertos de éste. Gran parte de las letras sobre Londres que se giraban, en este último caso, iban a ser vendidas en Nueva York para convertirlas en dólares. Si no se hubiera otorgado tan fabuloso crédito, la exportación a Europa hubiera sido mucho más reducida y los precios no habrían alcanzado la elevación que tuvieron. El café del Brasil y de Colombia, las lanas argentinas, el salitre de Chile, el cacao del Ecuador, los azúcares de Cuba y del Perú, nuestro algodón, etc., dependían, pues, en forma decisiva de que esa liberal, diremos excesiva, provisión de crédito se mantuviera. Influía también en que los precios de estos y otros productos permanecieran altos, la equivocada teoría apuntada por algunos y grandemente explotada por los especuladores de que había una escasez mundial de materias primas, sin tomar en cuenta que la guerra se había desarrollado no en los países que las producen, sino en los países manufactureros y que, por tanto, mientras la capacidad de éstos para manufacturar había sufrido menoscabo, la de los países productores de esas materias, excepto Rusia, no sólo no había experimentado daño alguno, sino que se había acrecentado grandemente al estímulo de los altos precios. El secretario de comercio Hoover lo ha declarado ya,—y la ley Fordney es de ello una prueba,—que ha afluído a Estados Unidos más cantidad de materias primas que las que sus fábricas pueden elaborar, deprimiendo, así, enormemente los precios de las materias primas de producción nacional.

Además de ésto, los períodos de altos precios y de grande especulación constituyen una "anormalidad", de la que, al fin de cuentas, sólo obtienen provecho los muy avisados, y producen a la colectividad daños de los que no se repone sin grandes sufrimientos. Todo precio que se mantiene debajo de su nivel natural o se eleva por encima de éste, produce complicaciones y problemas, entendiéndose por "nivel natural" el precio que resultaría de la libre competencia en un mercado abierto. Duran-

te la guerra la competencia fué anulada por la fijación de precios establecida por casi todos los gobiernos, y durante la "boya" en que nos ocupamos fué casi anulada por la especulación, que entregaba el imperio del mercado enteramente al vendedor, pues el comprador, dado el estado de ánimo reinante y la sostenida tendencia al alza, temía pagar más si aplazaba sus adquisiciones indispensables. La competencia había, pues, dejado de ejercer por mucho tiempo su provechosa función de mantener entre los precios y los costos de producción una razonable relación. Consecuencia de que los primeros sean mucho más altos que los segundos es, entre otras cosas, que el productor o fabricante pone menos atención en producir lo más posible con el menor costo; descuida las pequeñas y, a veces, las más grandes economías, esto es, hay ineficiencia directiva; la mano de obra se hace más cara y rinde menos, en parte porque hay que apelar hasta a los más mediocres e incompetentes (esto aparte de la agravación de las circunstancias apuntadas por los movimientos sindicalistas que han hecho subir los salarios y disminuir las horas de labor); se trabajan tierras pobres o difíciles cuyo cultivo es costoso y de escaso rendimiento; se dedican a la industria, la agricultura y el comercio individuos mal preparados y de insuficientes recursos, ansiosos de enriquecerse en breve tiempo, y aumenta extraordinariamente la demanda de crédito, encareciendo el dinero. Los costos de producción crecen así desproporcionadamente, con más rapidez, a veces, que la subida de los precios, pues la capacidad adquisitiva del consumidor no siempre puede seguir la marcha de éstos. Cuando las utilidades comienzan a esfumarse de este modo en varias industrias, es indicio seguro de que ha comenzado el descenso y de que la crisis se aproxima. Lord Inchcape, Presidente del National Provincial and Union Bank of England, en su interesante discurso a los accionistas de ese banco, el 21 de febrero último, dijo, entre otras cosas, a este respecto: "Lo que puso fin a la "boya" del año pasado fué que nadie,—fuera manufacturero o comprador, gobierno, patrón u obrero,—parecía preocuparse de los precios de costo". "Es evidente que siguiendo ese camino tendría que venir una reacción. Las cosas estaban llegando a un punto en que, de un lado, el capital no podía continuar proveyendo de la necesaria energía al mecanismo industrial, y, del otro, el producto de ese mecanismo se había vuelto demasiado caro para encontrar un comprador."

El anormal estado económico apuntado en los párrafos anteriores se agravaba y se agrava aún por el desconcierto de la política europea. El Tratado de Versalles no es, desgraciadamente, un tratado de paz. Apesar de su larguísima gestación, dejó pendientes tal cantidad de cuestiones territoriales, políticas, y económicas que cada una de sus páginas es un semillero de disputas. Paz Cartaginesa que no es *prácticamente* justa ni posible, como dice el eminente publicista inglés John Maynard Keynes (1), sus monstruosas cláusulas económicas, por cuya ejecución se lucha hasta este momento, estorban y estorbarán todavía por mucho tiempo el restablecimiento de la normalidad económica del mundo, realizándose, como hasta ahora sucede, las previsiones que dicho autor consigna en su ya famoso libro. Al momento de escribir estas líneas, parece que Francia u obtiene que Alemania firme lisa y llanamente las severísimas condiciones fijadas en la conferencia de París, (1) o extiende su ocupación militar a la cuenca del Ruhr y a otras regiones industriales y comerciales. Ninguno de estos dos extremos conducirá al restable-

(1)—*The Economic Consequences of the Peace*, por John Maynard Keynes, 1920. Pág. 36. El autor fué delegado del Tesoro inglés a las conferencias de la paz y miembro del Supremo Consejo Económico de los Aliados. No se sabe qué admirar más en su libro, si el valor moral del autor o su competencia económica y brillante estilo.

(1)—Los aliados han fijado en 226 millones de marcos oro la suma que Alemania, después de todo lo que se la ha despojado, debe pagar en concepto de reparaciones, lo que equivale a Lp. 11,300.000.000. El Dr. Helfferich, famoso economista alemán y exministro de estado, calcula, en *Die Woche* de 12 de febrero último, que esta suma es 65 veces mayor que el total de oro que existía en Alemania antes de la guerra; 113 veces que la producción anual de oro en el mundo; y es cinco veces más que todo el oro que actualmente existe en el mundo y que ha ido acumulándose en los siglos de los siglos. La suma en cuestión supera también al total de la riqueza alemana pública y privada contenida dentro de las actuales fronteras del imperio.

Lord Rowallan ha publicado sobre este asunto la siguiente carta (*The Time Weekly Edition*, de 11 de febrero último) que no hemos visto contestada:

“Se informa que Mr. Lloyd George dijo, el sábado:—“Por ejemplo, Alemania podría pagar en mercaderías, pero ¿qué beneficio nos reportaría eso? Produciría la desocupación de cientos de miles de obreros aquí, en Francia, en Italia, en América, en cada uno de los países que recibirían la indemnización.”

“¿Podría algún amigo del gobierno tener la bondad de informarnos en qué forma se espera que se pueda pagar la indemnización? Como no se puede pagar una parte apreciable en oro, ¿qué cantidad de mercade-

cimiento de la normalidad económica, pues lo único que puede devolverla al mundo es un arreglo *realizable*, del problema y no la persecución de fantásticos millones y la obtención de un convenio cuya inejecución sea fuente de constantes perturbaciones o destruya en los obligados todo estímulo para la producción y el trabajo. "Algo tarde se ha venido a descubrir,—dice el señor Tito Guidoni, del Instituto de Cambio italiano (2),—que Alemania y Rusia son factores indispensables en la vida económica del mundo". De todos modos, cualesquiera que sean las razones sentimentales al respecto, las razones positivas y prácticas hacen absolutamente evidente que para que el mundo convalezca es necesario restablecer a esos cientos de millones de la Europa Central y de Rusia en su antigua capacidad de entidades económicas productoras y consumidoras. No se les puede mantener segregados de la vida económica del mundo sin que el daño se refleje en todos.

Por lo expuesto suscintamente más arriba, es fácil explicar-se el origen de la crisis. Los precios excedieron el poder adquisitivo del consumidor; la producción de materias primas fué en muchos casos superior a la capacidad manufacturera del mecanismo industrial; el capital fué insuficiente para continuar manteniendo *al crédito* la corriente de exportación a una Europa insolvente, envuelta aún en graves problemas políticos, económicos y sociales, que continúa, con la sola excepción de Inglaterra, produciendo presupuestos con déficits enormes, cubiertos con nuevas emisiones de papel, ya sea bonos o billetes. La corriente de exportación norte-americana, no pudiendo ir a Europa, se derivó en parte hacia la América del Sur, que se estimaba más solvente, y cuyos importadores, por excesivo optimismo o porque creyeran sinceramente en la escasez de artículos ma-

"rías será necesario exportar cada año de modo tal que se pueda cubrir el valor de las materias primas que Alemania necesita importar para producirlas y obtener un sobrante suficientemente grande para pagar la indemnización? ¿Qué clase de mercaderías obtenibles en tan inmensas cantidades estaría en su opinión libre de los inconvenientes que Mr. Lloyd George ha sugerido?"

(1)—En *The Street*, revista económica que se publica en Nueva York.

nufacturados, tenían hechos considerables pedidos que, inejecutados meses de meses y casi olvidados en algunos casos, fueron embarcados de golpe por los fabricantes y exportadores norteamericanos que sabían ya lo que se les venía encima. Pero cortada la provisión de crédito que Estados Unidos proporcionaba a Europa para pagar lo que ésta compraba tanto en dicho país como en los otros países de ultramar, éstos y, por tanto, las naciones sudamericanas y entre ellas el Perú, carecieron de los medios suficientes para pagar las manufacturas importadas. Como dicha restricción de crédito fué general, tanto para financiar la exportación como en el mercado interno, todos, especialmente los fabricantes y mayoristas, se apresuraban a realizar sus *stocks*, deprimiendo los precios. Pero como en un mercado descendente las ventas son más lentas y difíciles que en un mercado ascendente, porque el comprador, dueño ya de la situación, confía siempre llegar a pagar menos esperando un poco, la realización es larga y laboriosa. Y en este estado de cosas, sufren siempre más los precios de las materias primas que los de las manufacturas, entre otras causas porque la producción de aquellas, como en el caso de los productos agrícolas, no puede detenerse súbitamente para esperar el desarrollo de los acontecimientos, en tanto que las fábricas sí pueden, para ese efecto, paralizarse de un día a otro, o disminuir su producción. De ahí que sea posible que los precios de las materias primas puedan mantenerse durante períodos más o menos prolongados más bajos que el costo de producción, especialmente los de las que son menos perecederas, como el algodón y productos análogos, pues las otras, consumidas o no, pasado cierto tiempo se pierden y no siguen pesando sobre el mercado. Y de ahí también que el reajustamiento no pueda esperarse sólo de un alza de los precios, sino principalmente de una reducción en el costo de producción.

He aquí, pues, expuesto a grandes líneas el proceso de la gran "boya" de que hemos disfrutado y de la crisis que venimos sufriendo desde hace algo menos de un año. Estamos en un gran período de liquidación y reajustamiento mundiales; la humanidad se debate en un esfuerzo doloroso por "volver a la normalidad", entendiéndose por esta expresión no precisamente el volver a los precios y condiciones anteriores a la guerra, sino el

restablecimiento del equilibrio económico, el mantenimiento en su justa relación de los precios y los costos de producción; el alcanzar ese "precio razonable" que es a la vez un estímulo para el productor o fabricante y un aliciente para el consumidor. Este proceso es mundial y no podemos sustraernos a él; tenemos que resignarnos a los sufrimientos y quebrantos que trae consigo; debemos abandonar la presunción de que el Perú es un país para el cual siempre debe detenerse el sol y conformarnos y estimularnos con el hecho de que hay países que han sufrido y sufren aún en este momento mucho más que nosotros. El Japón, Cuba, el Paraguay, Chile, el Brasil y muchos otros han experimentado manifestaciones terribles de la gran crisis que hoy visita al mundo. Moratorias, quiebras de bancos y de docenas de fuertes casas comerciales, desocupación de obreros en gran escala, son cosas que han sucedido en uno u otro de esos países y que no han ocurrido entre nosotros, y espero fundadamente que no ocurrirán. ¿Cuánto durará este período de transición? Es aventurado hacer pronósticos, pero, en mi concepto, será largo todavía. ¿Para qué hacerse ilusiones? Fundamentalmente, no puede iniciarse una mejoría duradera mientras no se arregle, primero, el gran problema europeo que he apuntado, y la Europa Central y Rusia vuelvan a la plenitud de su actividad económica; mientras no haya mayor cooperación entre todas las naciones del mundo para contribuir a ese resultado y para ayudarse entre sí dándose mutuas facilidades, y luego, mientras no disminuyan los gastos superfluos y los armamentos que desequilibran los presupuestos, dándose comienzo al retiro de las inmensas cantidades de papel moneda, bajo las cuales está sumergida Europa. Pero no por esto debemos perder la paciencia y entretenernos en recriminaciones y en personalizar las causas del mal. En lo que a nosotros toca, debemos procurar no agravarlo por un ambiente de odios y desconfianzas, en los momentos en que debe existir más cooperación y solidaridad; debemos procurar que se desarrolle en la mejor armonía posible el grave problema del reajustamiento de salarios entre patrones y obreros, obrando todos con espíritu elevado y generoso, con clara comprensión de la situación y evitando que en ello intervengan factores y estímulos extraños al asunto; nos corresponde procurar que vuelva sin dilación la más amplia libertad de comercio, sacudiéndonos de trabas y restricciones que en el momento actual son absolutamente nocivas y contraproducentes, pues es sólo dentro de la sana competencia del comercio libre

que se desarrolla la mayor eficiencia de los hombres de negocios en beneficio de todos; es, por fin, indispensable alejar de nuestras mentes la noción de que por medios artificiales y efímeros se puede variar el curso natural de las cosas: cualquier éxito transitorio que por este camino se obtenga, se cobrará en nosotros con creces en el porvenir quizás inmediato. Procediendo así no habremos, por cierto, conjurado la crisis, que es necia pretensión modificar factores que están completamente fuera de nuestro control y hasta de nuestra previsión, pero habremos contribuído a aliviarla, convirtiendo,—lo espero con fiadamente,—en lento descenso lo que podría ser, como en otros pueblos, rápida y fatal caída.

CARLOS LEDGARD.

Nota.—

Habría debido citar con mucha frecuencia en este artículo el nombre del inteligente economista norte-americano Mr. B. M. Anderson Jr. cuyos interesantes folletos "*Three and half billion dollar, floating debt of Europe to private creditors in America*" y "*The return to normal*" he tenido constantemente a la vista en mi labor. Prefiero, más bien, dejar constancia en esta nota de su por él ignorada colaboración, para expresar, al mismo tiempo que mi reconocimiento, mi admiración por sus excelentes trabajos.